

Ictus



Rubén Abella

Ictus



menos**cuarto**

© Rubén Abella, 2020
© de esta edición, Menoscuarto [E. Cálamo, S. L.], 2020
ISBN: 978-84-15740-65-0
Dep. Legal: P-136/2020

Diseño de colección: Echeve
Fotografía de cubierta: © Rubén Abella
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«He sido alguien que ha tratado con la noche.»

ROBERT FROST

I. Una casa con eco

La sirena de la ambulancia despierta a Ismael a las siete, quince minutos antes de que suene el despertador. Es casi de día. A través de la persiana entran en el dormitorio unas cuerdas de luz tenue. Cruzan la penumbra sin rozarse, encendiendo el polvo. Al chocar contra el armario se transforman en un mapa celeste. Es junio y hace calor, pero Merche aún no ha cambiado el edredón por la colcha de verano. Ella dice que es por prudencia, no vaya a ser que de pronto refresque, como ha ocurrido otros años. Mejor esperar a que se asiente el buen tiempo, dice. A Ismael le parece que está cansada. Que, como a él, ya no le importan las cosas.

El aullido de la sirena se intensifica. Alcanza su máxima potencia bajo la ventana del dormitorio. Luego se apaga y empiezan a oírse otros ruidos. Dos portazos casi simultáneos. El pitido ululante del interfono. El zumbido del portal al abrirse. Ismael se toca el cuello. Lo tiene empapado de sudor. Se vuelve hacia Merche y comprueba

sin sorpresa que no se ha despertado. Hace meses, desde que los okupas tomaron el piso de arriba, que ninguno de los dos duerme bien. Pasan la mayor parte de la noche en vela, exasperados por la música a todo volumen, las risas, las peleas, las carreras constantes. Ismael ha subido a quejarse varias veces. Siempre le abre la puerta la misma persona: un chico muy serio con el pelo al rape y una cicatriz en la ceja. Escucha a Ismael atentamente, con el antebrazo apoyado en el marco, mostrando el tatuaje de un dragón de colores escupiendo llamas. Luego pide disculpas y promete que no se volverá a repetir. Al marcharse, Ismael oye risas tras la puerta cerrada. Se acuesta de nuevo y, antes de que a él y a Merche los venza el sueño, empieza otra vez el escándalo. Desesperado, ha acudido a la policía. Ha puesto ya tres denuncias. Le ha contado el problema a una docena de agentes distintos. En vano.

Ismael da por hecho que los de la ambulancia vienen al piso de arriba. No es la primera vez que los okupas hacen saltar las sirenas. La más sonada fue hace quince días, cuando estalló en plena noche una bronca más violenta de lo habitual. El chico del pelo al rape insultaba a voz en grito a una mujer. La llamaba puta. Le decía que era una mierda, que no valía para nada. La mujer se defendía atacando. Llamaba medio hombre al chico. Se desgañitaba diciendo que estaba hasta los cojones, que no aguantaba más, que se largaba. Sus voces se filtraban en el dormitorio de Ismael y Merche a través del techo, atenuadas por el hormigón y, al mismo tiempo, agrandadas por la quietud de la hora.

—¡Te voy a matar! —amenazó el chico.

Ismael salió de un salto de la cama. No recordaba dónde había dejado el móvil, así que fue corriendo hasta el teléfono fijo del pasillo y marcó el 091. Mientras contaba lo que estaba pasando, llegó de la calle un crujido siniestro.

—Dios mío —dijo Merche desde la puerta del dormitorio.

Ismael dio atropelladamente la dirección, colgó el teléfono y, seguido por Merche, fue a asomarse al balcón del cuarto de estar.

El toldo de la zapatería de abajo estaba destrozado. Una de las barras de sujeción se había salido de la pared. La lona colgaba enredada en un amasijo de varas metálicas. Sobre la acera, boca abajo, yacía una joven. Tenía el pelo violeta. Toda la ropa que llevaba era negra: la camiseta de tirantes, la minifalda, las botas de combate. Permaneció unos segundos inmóvil, aplastada como una sombra contra el pavimento. De pronto alzó la cabeza y rompió a gemir de dolor.

—¡Cabrón! —gritó.

—¿Estás bien? —dijo Ismael.

—Será hijo de puta...

La joven se dio la vuelta con dificultad. Se incorporó muy despacio. Miró hacia el segundo piso sin dejar de proferir injurias, agarrándose el brazo izquierdo. Al no ver a nadie asomado dejó de gritar, bajó la vista al primero y se fijó en Ismael y Merche. Los observó unos instantes en silencio, con los ojos llorosos y el rímel esparcido por la cara.

—¿Estás bien? —insistió Ismael.

La joven escupió en el suelo. Luego se levantó a duras penas, avanzó cojeando hasta el portal y llamó al interfono.

—Abre —dijo y, empujando la puerta, entró en el edificio.

Diez minutos más tarde, con un estruendo de neumáticos y sirenas, llegaron cuatro coches de policía. Algunos agentes se quedaron en la calle examinando el toldo roto. Los demás, siguiendo las indicaciones de Ismael, subieron al segundo piso. Llamaron a la puerta con insistencia, pero no abrió nadie. Al final optaron por irse, envueltos en el crepitar de sus radiotransmisores. Las cinco o seis noches siguientes fueron tranquilas. Después volvieron las risas, las peleas, la música.

Ismael aguza el oído. Trata de percibir algún sonido procedente del piso de arriba. Lo único que escucha es el zumbido remoto del ascensor y el latido de sus sienes repercutiendo contra la funda húmeda de la almohada. Merche se revuelve en sueños. Tiene la cara brillante de sudor. Un mechón le atraviesa la frente y le cubre parte de un ojo. Ismael acerca la mano para apartárselo. A mitad de gesto, duda. Del corazón del edificio llegan voces agitadas, pasos sin orden, sacudidas que dejan en el aire un eco metálico. Ismael retira la mano. Echa a un lado el edredón y, con cuidado para no despertar a Merche, sale de la cama y va descalzo a la ventana. Empieza a subir la persiana con lentitud, arrugando los ojos con cada mínimo crujido de las láminas de plástico.

—¿Qué pasa? —dice Merche, revolviéndose otra vez.

—Nada —contesta Ismael y se queda muy quieto, en tensión, con la cinta de la persiana en la mano.

Cuando Merche vuelve a dormirse, Ismael sube la persiana del todo. Las cuerdas de luz tenue se juntan en un solo haz descolorido. El mapa celeste se borra del armario. Ismael descorre el visillo, abre la ventana y, agradeciendo el aire fresco, se apoya en el alféizar. El techo de la ambulancia está muy cerca. Si se estira, piensa, casi podría tocarlo. En el edificio de enfrente hay asomados varios vecinos. Miran con atención hacia el portal de Ismael, del que de pronto surgen dos hombres vestidos de amarillo tirando de una camilla con ruedas. Deben levantarla a pulso para salvar el peldaño. Luego, con un leve traqueteo de hierros, la hacen rodar hacia el portón trasero de la ambulancia. Ismael desea ver tendido en ella al chico del pelo al rape. Quiere ver su brazo tatuado colgando lacio por un costado; su cuerpo, inofensivo y al fin silente, tapado con una sábana. Pero no es a él a quien se llevan, sino a Tomás, el vecino del cuarto derecha.

Ismael y Tomás se conocen desde hace más de treinta años. Se vieron por primera vez esperando el ascensor, días después de que a Ismael y a Merche les dieran las llaves del piso. Se presentaron. Charlaron un poco. Ismael explicó que venía de la cabina de Blasco de Garay porque aún no les habían instalado el teléfono, a lo que Tomás respondió ofreciéndole el suyo. Durante varios días, no sin cierto rubor, Ismael y Merche hicieron y recibieron sus llamadas telefónicas en el comedor del cuarto derecha. En contrapartida, Ismael regaló a Tomás dos entradas para

ver al Real Madrid que le había dado un cliente. Tomás las aceptó con la condición de que fueran juntos. Desde entonces no han dejado de hacerse favores. Se prestan herramientas. Reciben paquetes cuando el otro no está. Se cuidan la casa en vacaciones. A veces quedan para tomar el aperitivo por los bares del barrio. A veces, también, salen a cenar con sus esposas.

Pese a su buena relación, Ismael no sabría decir si Tomás y él son de verdad amigos. Quiere creer que sí, pero sospecha que no porque hay cosas de las que jamás hablan, cosas importantes que, le parece a él, deberían compartir los amigos. Tomás nunca ha dicho nada —e Ismael no se atreve a preguntar— sobre por qué pasa las horas muertas jugando a las tragaperras en los recreativos de la esquina, ni sobre por qué cada cierto tiempo cae sobre él una tristeza de plomo que le roba la voz y le impide salir de casa durante semanas. Ismael no le ha contado a Tomás que quiere irse. Desaparecer. Acaba de cumplir cincuenta y cuatro años y, lo mire por donde lo mire, no le salen las cuentas de su vida. Demasiada angustia. Demasiadas preocupaciones. Cada vez que echa la vista atrás, se descubre a sí mismo batallando con el desasosiego. Le resulta difícil encontrar un día de su vida adulta en el que no haya estado agobiado por algo. Por sacar adelante la carrera. Por captar clientes para sus servicios de traducción. Por la hipoteca. Por las facturas. Por la declaración de hacienda. Por la cuota de autónomos. Por que no falte de nada en casa. Por que pueda pasarles algo malo a Merche o a sus hijos. Desanda sus pasos y se ve tecleando a maticaballo en el ordenador,

viajando sin cesar, traduciendo en simposios, conferencias o reuniones de negocios, comiendo bocadillos en el coche para llegar a fin de mes y poder pagar los pañales de los niños, el colegio, los libros de texto, la ortodoncia de Nico, las clases de *ballet* de Patricia, los videojuegos, las tabletas electrónicas, los móviles, las matrículas de la universidad, los años de Erasmus en Cork y Saarbrücken, el Seat Ibiza, los viajes de fin de carrera a Roma y Estambul.

Ismael se ha anulado a sí mismo. Ha renunciado a su vida para que sus hijos puedan construir las suyas con ciertas garantías. Es su obligación como padre, así que no espera ningún premio. Ha hecho lo que tenía que hacer y sabe que no merece por ello medallas ni felicitaciones. Lo que quiere es sentir que sus sacrificios han merecido la pena. Después de tres décadas trabajando a destajo, solo pide un poco de estabilidad económica. Es de justicia, le parece a él, como lo es que después de tantos desvelos sus hijos le quieran un poco o, ahora que ya no viven en casa, que él y Merche puedan reencontrarse para pasar juntos, disfrutando el uno del otro, el último tercio de sus días. No es pedir demasiado, cree Ismael. Pero nada de eso ha ocurrido. Más bien al contrario. El pasado no parece haber dado ningún fruto. Ismael se preocupa ahora más de lo que lo hacía antes.

En lo laboral las cosas van de mal en peor. La crisis de 2008 le obligó a bajar sus tarifas y desde entonces debe trabajar el triple para ganar lo mismo. Comparado con otros traductores —sobre todo los que empiezan, que están dispuestos a trabajar casi gratis—, él sigue siendo caro, por

lo que ha perdido clientes y han dejado de contar con él muchas de las agencias con las que ha colaborado siempre. Nadie valora su profesionalidad. La veteranía ya no es un grado.

Aunque se ha desvivido por ellos, Ismael mantiene con sus hijos una relación decepcionante. Al llegar a la adolescencia, Nico y Patricia se volvieron agresivos y ensimismados. Se ignoraban el uno al otro. Solo se hablaban para atacarse. A él lo trataban con un desdén virulento. ¡Te odio!, le gritó Patricia cuando se negó a comprarle una moto porque le parecía muy peligrosa. ¡Cuando te mueras haré lo que me dé la gana, y espero que sea pronto!, le espetó Nico mientras lo reprendía por llegar a casa borracho a las tres de la mañana. La adolescencia pasó, pero el desafecto siguió intacto. Ismael lleva años tratando de entender por qué. Quizás Patricia no le ha perdonado que pusiera pegas a su noviazgo con quien hoy es su marido, un dentista que le saca veintitrés años. La displicencia, cree Ismael, es la táctica que ha elegido su hija para reafirmarse, para castigarlo por su imperdonable error. Quizás ella y Nico sientan que, al contrario que su madre, que siempre ha estado al pie del cañón, su padre no se ha ocupado debidamente de ellos. Quizás estén dolidos con él porque, como siempre estaba trabajando, no ha podido acompañarlos en muchas de sus encrucijadas. O puede también que no haya motivos coherentes para su indiferencia. A lo mejor, piensa Ismael a veces, las cosas son como son y punto. Hay hijos que quieren a sus padres e hijos que les dan la espalda. Tanto a Patricia como a Nico les va bien,

gracias a Dios. Patricia es abogada y vive en Oviedo. Nico lleva diez meses en Londres trabajando para una empresa de informática. Ninguno de los dos tiene mucho que contar cuando Ismael los llama por teléfono. Contestan con vaguedades y ponen fin a la conversación en cuanto pueden, como si tuvieran cosas mejores que hacer que hablar con su padre. Ismael piensa mucho en ellos. Los quiere, de eso está seguro, pero no con ese amor incondicional y miope, contra viento y marea, que parece ser común entre otros padres. Los quiere porque son sus hijos, pero si no lo fuesen, posiblemente ni siquiera le caerían bien.

Y luego está Merche. Bastaron unas semanas a solas, después de que Nico se marchase a Londres, para que Ismael se diera cuenta de que no se iban a reencontrar nunca. Merche había cambiado. No era la misma mujer de quien él se había enamorado de joven. O a lo mejor sí lo era y con el paso de los años su memoria había acabado por inventarse a una mujer distinta. O lo mismo quien había cambiado era él. El caso es que hoy, quitando los intercambios básicos de la vida doméstica —no hay leche; habría que quitar el edredón; no entres en el baño, que acabo de fregar—, Ismael y Merche apenas saben qué decirse. No saben cómo llenar el tiempo que les queda juntos. Desde la crisis, para complementar los menguantes ingresos de la traducción, Merche trabaja por las tardes en la perfumería de una prima suya en Puerta del Ángel. Ismael agradece cada vez más su ausencia. Después de tantos años de vida en familia, no logran dar con la forma de estar a gusto el uno con el otro. Son dos extraños en una casa con eco.

¿Para qué ha servido todo?, se pregunta Ismael con desmayo. ¿De qué ha valido tanto sacrificio? ¿Qué pinta él ya en esa vida?

Nada de esto se lo ha contado a Tomás, que ahora yace en la camilla pálido como el yeso, con la mirada perdida y el pijama de rayas desabotonado. En la estela de la camilla aparece Pepa. Ha tenido tiempo de vestirse, pero con la urgencia ha olvidado ponerse los zapatos. Lleva unas pantuflas rosas que destacan como faros en la mañana incipiente. Ismael abre la boca para preguntar qué ha pasado. Ella alza los ojos y, al verlo en la ventana, se le adelanta con la respuesta:

—Se levantó a beber agua y se desmayó —dice casi llorando—. Me lo encontré inconsciente en el suelo delante de la nevera abierta.

Los hombres de amarillo empujan la camilla hacia el interior de la ambulancia. Las patas se pliegan con un chasquido. Las ruedas avanzan por unos rieles metálicos. Uno de los hombres se sube con agilidad al peldaño trasero del vehículo. Luego extiende el brazo para ayudar a subir a Pepa, que da un traspie y deja atrás una pantufla. No se preocupe, señora, dice el hombre, y con un movimiento líquido, de trapecista, salta a la carretera, recoge la pantufla y vuelve a encaramarse al peldaño. La puerta trasera se cierra primero. Un par de segundos más tarde lo hace la del conductor. La ambulancia echa a rodar calle Galileo abajo haciendo sonar la sirena.

—¿Qué pasa? —dice Merche desde la cama.

Ismael se vuelve para mirarla. Está tumbada boca abajo,

con los ojos entreabiertos y la mejilla pegada a la almohada. Ismael no contesta. Antes quiere ponerle nombre a la sensación que de pronto se le ha agarrado a las tripas. Se asoma otra vez a la ventana para ver cómo la ambulancia gira en Donoso Cortés con un chirrido de ruedas. No es compasión, piensa. Tampoco miedo. El aullido de la sirena se extingue poco a poco. Los vecinos se retiran de las ventanas. A la calle regresa el silencio del fin de la noche. La quietud expectante del alba.

—¿Pero qué estás mirando? —dice Merche medio dormida.

Ismael barre con los ojos la calle desierta y por fin lo entiende. Se da cuenta de que lo que siente es envidia. En estos momentos querría ser Tomás. Le gustaría estar tumbado como él en una camilla, medio inconsciente, alejado de todo por la niebla benéfica de la enfermedad. Daría lo que fuera por poder pasar un tiempo dejándose cuidar, sin más preocupaciones que las impuestas por los humores de su cuerpo. Porque Ismael ya no puede con la angustia. No le quedan fuerzas para soportar el desánimo, el peso muerto de saber que, pese a sus esfuerzos por hacer bien las cosas, su vida es un fracaso.

Un chis chis insistente interrumpe sus pensamientos. Ismael mira hacia arriba y ve fumando en una ventana del segundo piso a la joven que se precipitó a la acera hace quince días. Lleva el brazo izquierdo escayolado, lleno de garabatos y firmas. Tiene la cara muy blanca y los ojos pintados de negro. Parece un muerto viviente surgido de la aurora. Al ver que ha captado la atención de Ismael, ex-

tiende el dedo corazón de la mano derecha mientras exhala una nube de humo sin quitarse el pitillo de la boca.

—Chivato. Hijo de puta —dice entre dientes, sonriendo con desdén.

Ismael cierra la ventana. A través del cristal ve caer la colilla del cigarro de la joven. Rebota con un chispazo en el alféizar y sigue su descenso hacia la calle, dejando sobre la piedra un ligero rastro de ceniza. Ismael corre el visillo. Baja la persiana. Mira el reloj: las siete y catorce. Se acerca a la mesilla y apaga el despertador segundos antes de que suene.

—Tranquila. Luego te cuento —le dice a Merche en voz baja.

Pero no tiene intención de contarle nada, ni luego ni nunca. Se viste con sigilo en la penumbra, casi sin distinguir la ropa que saca del armario. Mientras se abrocha el cinturón, oye pasos en el techo. Resuenan un momento como timbales en un teatro vacío y de pronto se detienen. Se vuelve hacia Merche para ver si ella también los ha oído: confirma aliviado que no. Abre despacio el cajón de la mesilla, saca el pasaporte, se lo mete en el bolsillo de la camisa. Tarda un poco en dar con los zapatos. Están debajo de la cama. Los rescata y, conteniendo el aliento, sale del dormitorio con ellos en la mano.